

X Jornadas de Sociología de la UNLP

La Plata, 5, 6 y 7 de Diciembre de 2018

Mesa 11: La Dictadura. Memoria, Derechos Humanos y Justicia

Título del trabajo: **En pos de un “nuevo ciclo histórico”. La construcción de legitimidad por parte del “Proceso de Reorganización Nacional”**

Autor: Ezequiel Román Berlochi
Universidad Nacional de Rosario
eze_berlochi@hotmail.com

Introducción

El presente trabajo apunta a brindar una síntesis de los intentos de construcción de legitimidad por parte de la dictadura militar del “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983). Enmarcado dentro de una investigación que se acerca a su finalización, en la ponencia buscamos sistematizar cómo se constituyó la legitimidad y la formación de consenso en la sociedad por parte del gobierno militar, focalizando en los recursos y en las construcciones imaginarias a las que se recurrió.

Proponemos realizar un recorrido por el discurso oficial, entendido como todo aquel discurso emitido por las autoridades gubernamentales o personal de las Fuerzas Armadas vinculado al gobierno dictatorial, así como también a la propaganda y al discurso mediático que apoyó al régimen. Nos centraremos en identificar las principales construcciones imaginarias producidas para legitimar el gobierno militar, particularmente lo relacionado a la instauración de un relato (re)fundacional marcado por la “lucha contra la subversión” y el mito de la Argentina como Nación “occidental y cristiana”; los sentidos de alteridad elaborados para identificar “amigos y enemigos” y por último identificar los principales términos evaluativos descriptivos en la conformación del discurso legitimador del “Proceso”.

Para no explayarnos demasiado y pasar directamente al análisis de las construcciones imaginarias elaboradas por la dictadura, y además porque en otros trabajos hemos desarrollado nuestro marco teórico, sólo nos detendremos en esbozar de manera

muy sintética la cuestión relativa a la importancia de los imaginarios como elementos centrales de la construcción de legitimidad política y de liderazgo.

Entendemos por imaginario social a todas aquellas “representaciones simbólicas que caracterizan y distinguen los valores y creencias de una determinada sociedad” (De Moraes, 2007). Estos son elementos indispensables para la vida en sociedad, dado que posibilitan la comprensión del mundo que nos rodea, tal como sostienen Peter Berger y Thomas Luckmann (2011) y Cornelius Castoriadis (2007). Los imaginarios sociales determinan lo que una sociedad entiende por *realidad*, brindando un marco de referencia simbólica para la misma, sobre la cual construir relaciones sociales. De esta manera, la elaboración de mitos fundacionales, la asignación de roles y la institución de un sistema de creencias, posibilitarán la conformación de la sociedad y más importante aún, su cohesión.

Así, podríamos afirmar que el principal objetivo de estos es el de fundar el orden en una sociedad y articular los conflictos que puedan ocasionarse en su interior. De igual manera, lo que permiten es la concreción de un espacio determinado, dotándolo de un sentido específico, válido para una sociedad en particular, el cual estará siendo constantemente resignificado, como plantea Castoriadis al referirse al *magma* de significaciones imaginarias¹.

La producción de sentido, la conformación de un marco de referencia por el cual se articulan las relaciones entre los sujetos que componen una sociedad, la determinación de comportamientos que serán considerados como lícitos y la censura de otros, la asignación de roles sociales que cada miembro de una comunidad deberá ejercer según su posición en la sociedad, entre otros; son las funciones centrales que ejercen los imaginarios sociales en la sociedad. Ahora bien, ¿cómo logra una sociedad instituir estos objetivos? ¿Cómo operan los imaginarios sociales? Concretamente, ¿cómo se producen los imaginarios sociales? Y aún más, ¿qué relaciones tienen los imaginarios con la política y el poder?

Examinemos la primera pregunta, para la cual posiblemente no haya una respuesta cierta. ¿Cómo logran producirse una serie de imaginarios sociales? ¿Cómo logran penetrar en los sujetos, hacer que éstos los incorporen, los hagan propios y los reproduzcan? Sostenemos que los imaginarios sociales atraviesan a las sociedades y se edifican mediante

¹ “Lo imaginario social’-lo sabemos desde Castoriadis, sino antes desde Durkheim- es la expresión utilizada por una comunidad para autorrepresentarse. Eso quiere decir que será la dimensión mediante la cual esa comunidad reconoce un ‘sentido’ a la totalidad de sus prácticas cotidianas, y, por tanto, es el medio a través del cual sus integrantes acaban autocomprendiéndose en su mundo. El autorreconocimiento social- uno de los pilares axiomáticos sobre los que reposa ‘lo imaginario’- es el vehículo mediante el cual una sociedad se ve así misma; condición indispensable para su pervivencia como sociedad” (Carretero, 2010b: 151-152).

diversos mecanismos, siendo implementados por el lenguaje y el discurso. Es por ello que debemos detenernos en las construcciones discursivas que operan en la sociedad, siendo los medios de comunicación de masas los principales difusores, pero no los únicos puesto que la reproducción del universo simbólico que componen los imaginarios sociales, también se internaliza mediante el proceso de socialización, siendo la familia en primer lugar la difusora de los imaginarios, los cuales serán reforzados en una segunda etapa mediante la escuela (Berger y Luckmann, 2011).

En cuanto a lo concerniente al segundo aspecto en análisis en el presente apartado, la relación entre imaginario social y política, es relevante para nuestro estudio la vinculación directa entre estos con la legitimación de un orden social, más específicamente con la “justificación del ejercicio del poder”, tal como se propone demostrar Ángel Enrique Carretero (2010b) en su trabajo. Es con ese fin, que el autor plantea que los imaginarios sociales son elementos centrales al momento de legitimar o deslegitimar el orden social imperante en una sociedad determinada:

los “imaginarios sociales” pueden ser instrumentalizados tanto por ciertos grupos sociales situados en una posición de privilegio con respecto a otros para legitimar y conservar esta situación, a través de una naturalización y petrificación de las relaciones sociales, como, por lo mismo, podría ser también utilizados por grupos socialmente desfavorecidos para modificar su posición a través de la deslegitimación de los “imaginarios sociales” sostenedores de esa arquitectura social (...). Esto nos abre a una visión de la sociedad basada en una competencia entre “imaginarios sociales” legitimadores y deslegitimadores que, en una opositora contradicción, pugnarían por adueñarse de una “definición” de “lo real” que será luego instrumentalizada, en el marco de la trama de las relaciones de poder constituidas, para determinados fines perseguidos por distintos grupos sociales (Carretero, 2010b: 162).

La anterior cita es sumamente relevante, puesto que hace hincapié en el uso político que se le da a los imaginarios sociales, y cómo estos son pieza clave al momento de construir y legitimar proyectos políticos. Retomando lo planteado al inicio del capítulo, la política moderna conserva elementos de carácter no-racional, que terminan siendo expresado en el establecimiento de determinados imaginarios. Es en este sentido, que sostenemos la vinculación directa entre imaginarios sociales y política, en el papel legitimador del orden social y también del poder.

Sobre este último aspecto, el del poder, es importante que nos detengamos en el papel que juega lo simbólico. Como esboza Bronislaw Baczko (2005), “la imaginación está en el poder desde siempre” (2005: 12), y si bien en la antigüedad éste jugaba un papel importante, con el avance de la Modernidad y con ella la Ilustración y la razón, podría

pensarse que el elemento simbólico fue perdiendo cada vez más lugar en la política. Todo aquel comportamiento de carácter no-racional, perdió relevancia con el advenimiento de las democracias de masas a fines del siglo XIX, dado que el poder dejó de radicar en una figura simbólica/corpórea, como la del Rey en las monarquías absolutas, para pasar a radicar en la soberanía popular².

Como ya planteamos al inicio del capítulo, ésta visión no es consistente con cómo se legitima el poder en las modernas democracias de masas, e incluso en las actuales democracias liberales. El elemento imaginario, sigue presente en ellas con fuerza y su función principal sigue siendo la de legitimar al poder. Un poder que, como plantearía Claude Lefort, ha dejado de radicar en la figura corporal de una persona, para ocupar ahora un lugar vacío, y cuyo ocupante transitorio debe “llenar” de contenido para sostenerse en él.

Para no extendernos más en el tema, podemos concluir que los imaginarios sociales son piezas fundamentales para la interacción y cohesión social. No sólo determinan lo que una sociedad entiende por realidad, sino que también produce los marcos por los cuales los conflictos se instituyen. Además, tanto la política como el poder, son atravesados por estos al momento de construir liderazgo y de legitimar sus posiciones frente a la sociedad.

Contextualización

Habiendo dejado establecido el marco teórico que orienta nuestra investigación corresponde ahora que nos detengamos en analizar las estrategias de legitimación que intentó el régimen militar del “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983). En este sentido, nos abocaremos a estudiar la construcción de un andamiaje imaginario sobre el cual se sustentaría la legitimación política y social de la dictadura. Recordemos que la dictadura, si bien no se dio tiempo alguno para concluir con sus objetivos, no pretendía erigirse como una dictadura eterna. Por el contrario, necesitaba de una instancia legitimadora que asegurase los objetivos que perseguía.

Lo anterior nos debe llevar a preguntarnos por los objetivos que buscaba consolidar la dictadura. De hecho, ¿qué buscaban las Fuerzas Armadas con el golpe de Estado? varios autores han brindado respuestas a este interrogante, del cual podemos decir que el objetivo

² “En efecto, en el corazón mismo del imaginario social, en particular con el advenimiento y el desarrollo del Estado, se encuentra el problema del poder legítimo o, más bien, para ser más precisos, de las representaciones fundadoras de la legitimidad. Toda sociedad debe inventar e imaginar la legitimidad que le otorga al poder. Dicho de otro modo, todo poder debe necesariamente enfrentar su despotismo y controlarlo, reclamando una legitimidad. (...) todo poder debe imponerse no sólo como poderío sino también como legítimo” (Baczko, 2005: 28).

macro que perseguían las Fuerzas Armadas y un sector de la sociedad asociados a los intereses de la gran burguesía, era el de reformar totalmente la sociedad argentina. Cambiar el modo de pensar de la ciudadanía, pero más que nada, disciplinar a la sociedad en su conjunto.

Para ello contó con dos medios. Por un lado, la faz represiva del terrorismo de Estado. Si bien no abordaremos en detalle la cuestión de la represión clandestina, en parte porque ya ha sido ampliamente trabajado por diversos autores (Duhalde, 1989; Calveiro, 2008; Águila 2008 y 2013; Feitlowitz, 2015; Franco, 2011; Caviglia, 2006), lo que debe interesarnos es el modo en que la represión fue presentada ante el público, tanto nacional como extranjero puesto que en ello, cuestión que abordaremos más adelante.

Paralelamente al armado represivo debe sumarse el proyecto económico, segundo pilar del “Proceso” en su afán de reorganizar la sociedad y las relaciones sociales. Este proyecto económico pudo concretarse en gran medida por el andamiaje represivo que posibilitó la atomización de la sociedad. Es que el miedo imperante, imposibilitó cualquier tipo de organización colectiva que pusiera reparos a las medidas económicas que de la mano de Martínez de Hoz, posibilitó que la actividad económica se centrara fundamentalmente en el mercado financiero, mediante la toma de deuda en el extranjero a una baja tasa de interés para luego poner ese capital en circulación en el mercado local a altas tasas de interés. Esto, sumado al proceso de desindustrialización y apertura del mercado a las importaciones, generaron en poco tiempo la quiebra de empresas e industrias, las cuales en vez de invertir en producción se volcaron masivamente al mercado financiero, la desocupación, el aumento de la inflación y de la deuda externa.

En un contexto de terror generalizado por el aparato represivo, por secuestros y desapariciones de personas; de crisis e incertidumbre económica y social, ¿cómo reaccionó la sociedad argentina a esta situación? Partamos del principio que luego del golpe de Estado y de la instauración del régimen militar, la sociedad se vio obligada a replegarse hacia la esfera privada. A interactuar con un reducido número de personas de extrema confianza, frente al arrollador avance represivo del Estado. La sociedad argentina durante los años del “Proceso de Reorganización Nacional” quedó sumida en el más absoluto terror. Y este terror pudo observarse en amplias facetas de la vida cotidiana.

Sobre este punto, Guillermo O'Donnell (1982) remarca la pretensión por parte del régimen militar de “penetrar capilarmente en la sociedad” en su afán de implementar el “orden y la autoridad”. Dicha pretensión respondía en alguna medida al análisis realizado por las Fuerzas Armadas, y por algunos sectores de la sociedad civil, de que la sociedad argentina se hallaba “enferma”:

de ese diagnóstico nació un *pathos* microscópico, apuntando a penetrar capilarmente la sociedad para “reorganizarla” en forma tal que quedara garantizada, para siempre, una meta central: que nunca más sería subvertida la AUTORIDAD de aquellos que, a imagen y semejanza de los grandes mandones del régimen, tenían en cada microtexto, según esta visión, el derecho y la obligaciones de MANDAR (O'Donnell, 1982: 4).

O'Donnell plantea que la dictadura militar buscaba replicar en cada aspecto de las relaciones sociales, dicha estructura de mando-obediencia³. Uniformando comportamientos y actitudes sociales, enmarcadas dentro de lo considerado como lo socialmente deseable, al mismo tiempo que censuraba otras actitudes, al tildarlas de “desviadas”. El autor remarca una cuestión de suma importancia: no sólo el gobierno militar, que se había hecho con el poder ilegítimamente, era responsable de esa situación de terror absoluto, sino que la propia sociedad había respondido “favorablemente” al diagnóstico planteado por las jefaturas militares, al generar lo que el autor denomina como “microdespotismos”⁴.

Entonces, ¿qué pasó en cuanto a interacción social o a la adopción de repertorios de acción colectiva frente a los embates del régimen militar? En un contexto represivo en extremo, donde prima la autovigilancia y el terror se esparce por toda la sociedad, donde las relaciones sociales se construyen en términos de amigos y enemigos (Caviglia, 2006; Calveiro, 2008); sólo quedaba un lugar donde refugiarse: la vida privada. De este modo, para Oscar Oszlak (1983) en los años del “Proceso” hubo una “privatización forzada” de los individuos.

El planteo de Oszlak parte del diagnóstico de las Fuerzas Armadas que planteaba “la redefinición del papel del Estado y el cuestionamiento de la función cumplida por los

³ “... obedeciendo manda y calladamente, uniformados en la aceptación de que aún el mando despótico estaba hecho, igual que el del Estado, para bien de los que así obedecían –porque si no era así, no se podría separar el trigo de los maldones de la cizaña de los subversivos y porque, además, había quedado fehacientemente demostrado que la insolencia de los ‘inferiores’ sólo llevaba al caos” (O'Donnell, 1982: 4).

⁴ “Para que eso ocurriera hubo una sociedad que se patrulló a sí misma: más precisamente, hubo numerosas personas –no sé cuántas pero con seguridad no fueron pocas- que, sin necesidad ‘oficial’ alguna, simplemente porque querían, porque les parecía bien, porque aceptaban la propuesta de ese orden que el régimen –victoriosamente- les proponía como única alternativa a la constantemente evocada imagen del ‘caos’ pre-1976, se ocuparon activa y celosamente, de ejercer su propio *pathos* autoritario. Fueron *kapos* a los que, asumiendo los valores de su (negado) agresor, no pocas veces lo vimos yendo más allá de lo que ese muy autoritario régimen demandaba” (O'Donnell, 1982: 5).

mecanismos de intermediación política” (Oszlak, 1983: 2). El reordenamiento esbozado buscaba centrar la mirada en el mercado, ya que éste funcionaría

sin interferencias, asignaría los recursos de la sociedad del modo más eficiente, se proyectaba al plano económico una filosofía individualista opuesta a la intromisión del Estado en la vida social más allá de estrechos límites. Si el mercado es el regulador fundamental de las transacciones sociales, el Estado no podía jugar sino un rol subordinado (Oszlak, 1983: 2).

Este acento en el mercado como articulador de las relaciones sociales, buscaba eliminar cualquier tipo de acción colectiva. El objetivo estaba puesto pues, en atomizar la sociedad, rompiendo con los lazos de solidaridad social⁵. De esta manera, se buscaba despolitizar a los ciudadanos y eliminar cualquier instancia de colaboración o asociación entre ellos, poniendo el foco en la privatización de la vida. La despolitización forzada, tanto por la proscripción de los partidos políticos como por la clausura de la vida política, la imposibilidad de participación en entidades asociativas, encauzaron a la sociedad argentina hacia los objetivos planteados por el poder militar. De esta forma, “el individuo fue proclamado la unidad social por excelencia. La búsqueda de su felicidad y bienestar, la satisfacción de su propio interés individual, fue exaltada como el único medio conducente al bienestar general” (Oszlak, 1983: 3).

Mientras la ciudadanía se veía reducida a buscar la felicidad personal, centrándose en uno mismo, otros actores sociales sacaban provecho de la forzada veda política para sacar provecho. Es que como plantea Oszlak, ante el cierre de la vida pública, estos actores, vinculados íntimamente con el “Proceso”, se las ingeniaron para dominar la política desde los “sótanos del poder”⁶. La política o mejor dicho, el espacio público durante los años del “Proceso de Reorganización Nacional” encaró la privatización de la política, de similar manera a como el Antiguo Régimen manejaba la *cosa pública*⁷.

⁵ “Desde esta perspectiva, la sociedad era concebida como un conjunto de múltiples unidades de decisión independientes, cuya composición estadística –los mercados, las elecciones– definen el comportamiento colectivo. Por lo tanto, las organizaciones corporativas –laborales o empresarias– no tenían razón de ser. En su sustrato ideológico, el mercado no sólo servía para controlar el comportamiento de los asalariados, sino también para *disciplinar* a la propia clase empresaria, organizando la económica de tal forma que toda tentación de acuerdos espurios con las clases populares quedara eliminada” (Oszlak, 1983: 2-3).

⁶ “Sin embargo, si bien desaparecieron las maneras convencionales de ‘hacer política’ (desde la representación partidaria hasta el *lobby* sectorial), se crearon otras nuevas, hasta cierto punto inéditas en la experiencia de sociedades evolucionadas. La escena política abierta y pluralista, típica de una sociedad democrática, fue llevada tras bambalinas y convertida en un escenario velado y vedado, en el que la ‘asignación autoritaria de valores’ comenzó a decidirse mediante prácticas políticas de catacumbas. Nuevos actores, invistiendo representaciones espurias, fueron convocados subrepticamente a estos verdaderos tinglados subterráneos, sucedáneos de las arenas políticas tradicionalmente expuestas a la luz pública” (Oszlak, 1983: 4).

⁷ “Salvando las distancias analíticas e históricas, se conformó de este modo una especie de patrimonialismo corporativo *aggiornato*. Una estructura de dominación donde la cosa pública y la cosa privada se confundían en la discrecional soberbia de una élite política que hallaba en los ‘sótanos’ del Estado el habitar ideal para promover sus espurios intereses” (Oszlak, 1983: 5).

Este ocultamiento de la política también estuvo en consonancia con el “rostro bifronte” que desarrolló la dictadura en cuanto al accionar represivo (Águila, 2013), clandestino y público al mismo tiempo, que articulaba una normativa represiva, y por lo tanto pública, con la faz clandestina de la misma, la de los secuestros, de los centros clandestinos de detención y las desapariciones. En ese contexto, no hay ninguna posibilidad de que el espacio público se dé en un marco de libertad de opinión y respeto a la disidencia.

En lo que sigue profundizaremos en los modos en que desde la producción imaginaria se intentó legitimar al régimen militar.

La producción de imaginario de legitimación política

Siguiendo a Baczko, los imaginarios sociales se instituyen por medio del discurso, específicamente por los medios de comunicación y la propaganda. De esa manera, el poder logra legitimarse mediante la puesta en escena de distintos imaginarios que son “bajados” a la sociedad, por los dos canales ante dichos. De este modo,

la masa de informaciones que transmiten los medios amontona, por un lado, el imaginario colectivo, pero por otro lado, lo disloca al funcionar sólo una pantalla sobre la que están proyectados los fantasmas individuales. Por lo tanto, los medios masivos de comunicación fabrican necesidades que abren inéditas posibilidades a la propaganda, y se ocupan ellos mismos de satisfacerlas. En efecto, lo que los medios fabrican y emiten más allá de las informaciones centradas en la actualidad puesta como espectáculo, son los imaginarios sociales, las representaciones globales de la vida social, de sus agentes, instancias y autoridades, los mitos políticos, los modelos formadores de mentalidades y de comportamientos, las imágenes de los “líderes”, etcétera. En y por la propaganda moderna, la información estimula la imaginación social y los imaginarios estimulan la información, y todos juntos, estos fenómenos se contaminan unos con otros en una amalgama extremadamente activa a través de la cual se ejerce el poder simbólico (Baczko, 2005: 32).

En el caso analizado por nosotros, es decir la conformación de un imaginario legitimador de la dictadura del “Proceso”, podemos observar el uso de los medios de comunicación y de la propaganda para transmitir y reproducir dichos imaginarios. Concretamente, las producciones imaginarias efectuadas desde el gobierno y por aquellos sectores de la sociedad civil que apoyaron al gobierno y colaboraron en el esfuerzo legitimador de la dictadura, se orientaron a reforzar en alguna medida el imaginario social preexistente de la pertenencia “occidental y cristiana” de la Argentina, a la vez que se buscó interpelar a la clase media, apelando a elementos propios del imaginario de la misma como los relacionados a la seguridad, el progreso y estabilidad. Estas cuestiones pueden reconocerse tanto en diferentes medios de comunicación, especialmente en aquellos que

con más ahínco defendieron el proyecto político y social del régimen, como en la propaganda oficial del gobierno militar.

Un análisis en detalle de tanto la producción imaginaria reflejada en los medios de comunicación como en la propaganda, excedería el propósito de la presente ponencia, por lo cual, sólo nos limitaremos a presentar algunas reflexiones a nivel general sobre este tema. Fundamentalmente pretendemos dejar establecidas los lineamientos centrales de nuestra investigación en lo que hace a la construcción imaginaria de la dictadura partiendo del diagnóstico realizado por la misma y deteniéndonos brevemente en las producciones imaginarias, dando cuenta del tipo de producciones y objetivos que perseguían. De más está decir que los argumentos esgrimidos “oficialmente”, es decir por el gobierno militar en sus discursos y en la propaganda estatal, coincidía con los argumentos de los sectores civiles que los apoyaron y que trabajaron para ellos en la búsqueda de legitimar el proyecto dictatorial. Cabe destacar que nos abocaremos a estudiar los primeros años de la dictadura, desde el ascenso de los militares el 24 de marzo con el golpe de Estado hasta el final del periodo de Videla (1981), momento para el cual el “Proceso” comienza a experimentar su primera crisis.

El diagnóstico del régimen, o el porqué del golpe: la conformación de un relato (re)fundacional

Tanto la propaganda oficial como los diversos medios de comunicación que apoyaron el golpe de Estado, se ocuparon de presentar una imagen de la Argentina inserta en el más absoluto caos y en una espiral de violencia. De este modo, el relato legitimador de la dictadura, presenta a las Fuerzas Armadas como las “salvadoras de la patria”. Es que para los militares y también para algunos civiles, la Argentina estaba siendo atacada. Víctima de la subversión internacional que buscaba trastocar el modo de vida argentino e imponer un “régimen totalitario” de corte comunista, la subversión habría “infiltrado” diversas capas de la sociedad, produciendo de esa manera ciertas “conductas desviadas”. Así, uno de los principales ejes sobre los que la “subversión” habría actuado era la educación. En palabras del primer ministro de educación del “Proceso”, Ricardo Bruera,

el trastocamiento de todos los valores dentro del sistema educativo es una realidad escolar donde se ha fracturado la relación docente-alumno, y se ha bloqueado también la relación padre de familia-institución escolar. Se ha utilizado principios pedagógicos de la llamada

pedagogía de liberación, que fueron penetrando en el sistema educativo... (citado en Avellaneda, 1986: 139).

Igual diagnóstico presentaba el Vicealmirante Armando Lambruschini, al declarar que,

minar la fe de los argentinos en su sistema de vida democrático y pluralista. Para ello atacan en la célula inicial, en la relación padres e hijos y llegan hasta cuestionar la relación hombre-mujer. Crear odios y estimular resentimientos. Propiciando una sociedad nivelada por lo bajo, en la que el esfuerzo personal y los méritos no signifiquen nada. Después aparecerán ellos como los redentores atractivos... (citado en Avellaneda, 1986: 143).

Ante esta situación, las Fuerzas Armadas habrían actuado, movidas por el espíritu de cuerpo y por los ideales de libertad que decían defender. Desde el primer momento, las Fuerzas Armadas y sectores civiles afines a las mismas (la Iglesia, el empresariado, entre otros) se ocuparon de enmarcar la situación dentro de una lógica de guerra. La Argentina estaba siendo atacada por la “subversión” internacional que buscaba trastocar el tradicional modo de vida de los argentinos y argentinas, un modo de vida basado en la libertad. Por otra parte, se evidencia en el discurso militar la toma del poder para instaurar el orden. El caos generado presumiblemente por el desgobierno y el vacío de poder de la gestión peronista habían conducido, siempre según el discurso militar, a una situación de imperante violencia y desorden que sólo podría ser revertido mediante la intervención de las Fuerzas Armadas, última reserva moral de la Nación y por lo tanto incorruptibles e incólumes.

Buena parte de la construcción de este relato puede ser observado en un corto propagandístico de la época. *Ganamos la paz*⁸ editado en 1977. En el mismo, la dictadura daba a conocer su visión de la historia argentina y las justificaciones que impulsaron a las Fuerzas Armadas a tomar el poder. En esa película es donde con mayor detalle no sólo puede observarse el proyecto político y cultural de la dictadura, sino también el relato (re)fundacional de la misma. Allí, el locutor plantea que mostraran “... verdades... hechos reales captados por lentes inexorables”, pasando a definir a la Argentina como un país beneficiado por la naturaleza y de “paz y de trabajo”; donde “el hombre argentino fundó sus obras y donde llegaron extranjeros de buena voluntad para cultivar la tierra, levantar industrias y contribuir con el engrandecimiento de nuestra República”, al mismo tiempo que apuntaba que los recursos de nuestro país “atrajeron siempre las miradas codiciosas de

⁸ Puede verse en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=ZyDl1BhuGI>

los que quisieron conquistarlas y aprovechar sus riquezas (...) y esclavizar a sus hombres”, destacando que “sus hombres aman la libertad y por ella son capaces de grandes cosas”.

Así, mientras la Argentina “vivía en paz”, en el mundo se expandía “el cáncer de la violencia ideológica, contamina nuestra América y busca a la Argentina como blanco del terrorismo internacional”. El planteo que realizábamos anteriormente, se ve reflejado en la película al enmarcar la situación de la Argentina de los años ´70 en medio de la Guerra Fría, dónde el país estaría siendo “atacado” por “ideologías foráneas” que buscarían trastocar el tradicional modo de vida de los argentinos, infiltrando para ello a la sociedad con su ideología “disociadora”, corrompiendo a sus instituciones y población.

En líneas generales, el relato que expresaba este corto planteaba un claro antes y después del golpe. Se mostraba una situación previa al advenimiento castrense, de violencia, de muerte y destrucción, donde la violencia no sólo apuntaba a la “infiltración de la subversión” en pos de intereses foráneos, sino que también apuntaba a destruir las raíces propias de la sociedad argentina, de su cultura.

En ese contexto de extrema conflictividad, de violencia, siempre para el corto propagandístico, las Fuerzas Armadas se vieron en “la obligación de asumir el poder (...) para preservar la integridad de la Nación”, recuperando de esa manera la confianza de la ciudadanía en las “fuerzas del orden”. Sobre este punto, el corto es un tanto vago puesto que no profundiza en lo que denomina como “contraofensiva de las fuerzas leales”, más allá de que muestra algunas pocas imágenes de operativos en donde “se arrestan a subversivos” y se les secuestran armamento, documentación y elementos de propaganda. Obviamente no hay mención alguna al cariz clandestino de la represión, sino que dejan ver que la “lucha contra la subversión” se llevó a cabo de un modo transparente. A ello, debe agregarse el detalle de que presentan a la acción represiva como un “enfrentamiento” entre dos fuerzas claramente identificadas.

Sobre el final del mismo, se dice “el horror ha quedado atrás. La sociedad argentina ha pasado una durísima prueba. Ha llegado el momento de ganar la paz y de preguntarnos: primero, ¿en nombre de qué cayeron los héroes y mártires de esta lucha? Pues cayeron en nombre de Dios que nos da la vida. En nombre de la patria que nos brinda todo para vivir en la paz del trabajo y del hogar. Y ha llegado el momento de preguntarnos también ¿quiénes serán los destinatarios de esta victoria? Serán los millones de argentinos que

buscan una causa fundada en el amor, en la justicia y en la libertad. Una causa que con la fuerza de los ideales más nobles triunfe sobre la violencia, los extremismos y el odio...”.

Puede decirse que el relato construido por la dictadura para legitimar el golpe de Estado y la instauración de un gobierno militar, se hizo para “salvar” al país del peligro de la “subversión”. Al mismo tiempo, la represión fue presentada en términos de un enfrentamiento bélico entre dos bandos identificados: las “fuerzas leales” contra los “delincuentes subversivos” o “terroristas”, omitiendo cualquier alusión a la violación sistemática de los derechos humanos y a la desaparición de personas, al perfil clandestino de la represión.

El sentido de alteridad: nosotros y ellos

La épica de la “lucha contra la subversión” se complementa con un segundo elemento de producción imaginaria: el sentido de alteridad, la construcción de un nosotros enfrentada a un ellos caracterizados como enemigos públicos. De ese modo, en el relato constituido oficialmente, los “héroes y mártires” de la lucha no podían ser otros más que los propios militares. Desinteresados, abnegados, valientes, fueron representados en diferentes medios, tanto gráficos como audiovisuales. Incluso, el cine comercial de la época supo rendirles cierto homenaje con algunas películas donde eran representados con dichas cualidades, tales como *Dos locos del aire* o *Brigada en acción*, películas de corte cómico pero que dejaba entrever una importante carga simbólica en relación a los valores y virtudes de los militares y policías, los cuales eran representados como personajes simpáticos, buenos y afables, además de valientes y honorables. Podría decirse que el objetivo principal era, de alguna manera, presentar a las Fuerzas Armadas con una imagen más amigable, especialmente debido a la repercusión internacional sobre las violaciones a los derechos humanos. El cine se convirtió de esa manera, en un medio para mejorar la imagen de los militares envueltos en la represión clandestina.

Por el contrario, el enemigo construido desde el imaginario social era presentado como un monstruo, un ser que debía ser eliminado, puesto que lo único que lo movía era la “sed de destrucción”. Estos, eran presentados como marginados, egoístas y antisociales. Rasgos que abundan en las notas periodísticas que presentan a los jóvenes que militaban en organizaciones políticas, sociales o y/o armadas con las características antedichas, a las que

se sumaba la “cobardía” en contraposición a la “valentía” que mostraría las Fuerzas Armadas al enfrentar a la “subversión”.

El relato construido que aquí estamos analizando podemos enmarcarlo dentro de una especie de épica, donde los matices que definen a cada uno de los protagonistas son muy marcados. Mientras que los enemigos son presentados como “cobardes criminales”, los “héroes” son presentados resaltándose sus presuntos valores como la valentía, el arrojo, honor y valentía. Por otra parte, al momento de presentar visualmente a estos héroes, se decidió mostrar rostros jóvenes e inocentes, amigables, propios de aquellos jóvenes que eran obligados a prestar servicio en las Fuerzas Armadas por estar vigente el servicio militar obligatorio y que se diferenciaban ciertamente de los rostros secos y autoritarios de los oficiales de mayor graduación.

Los “héroes” que la dictadura había inventado, eran entonces jóvenes valerosos, lo mejor que tenía la patria para enfrentar la presunta amenaza externa, “cobarde y criminal”. Quizás la síntesis de esta construcción discursiva pueda ser encontrada en una propaganda diseñada como homenaje a los soldados argentinos para el Día del Ejército de 1980⁹, donde se resaltaban precisamente los valores y virtudes de estos “héroes”. La propaganda en cuestión, titulada “*Carta a mi hermano*”, cuenta la historia de una niña que le escribe con ayuda de su madre, una carta a su hermano que presta servicio en el sur del país. La propaganda pretende ser emotiva, tanto por la música escogida como por la carta que es leída por la niña. En dicha carta, la niña cuenta que su madre le ha contado que su hermano “es un buen soldado que cuida las fronteras de la patria”. A su vez, sobre el final del corto, un coro repite que un soldado es “un hijo, un amigo, un hermano... un ser querido a quien amamos”.

Estas imágenes de soldados jóvenes e inocentes perseguían como objetivo relativizar las denuncias sobre violaciones a los derechos humanos cometidas por las Fuerzas Armadas y que a partir de 1978 habían empezado a cobrar fuerza especialmente en el exterior con motivo de la realización del mundial de fútbol en la Argentina¹⁰. Por otra parte buscaban cohesionar internamente a las Fuerzas Armadas, al legitimar su accionar represivo. La conformación imaginaria del Otro, entendido en este caso como un ser ajeno a la identidad nacional y que buscaba pervertir su esencia más pura, a la vez que era

⁹ “Carta a mi hermano” <https://www.youtube.com/watch?v=66NyTE3wNcA>

¹⁰ Y que la prensa local se encargó de presentar como una “campana antiargentina” (Franco 2002).

presentado como un “traidor, cobarde”, como alguien que podía “ser eliminado” puesto que su existencia amenazaba a la sociedad en su conjunto, buscaba legitimar la eliminación física de miles de personas sindicadas como “subversivas”.

Consideraos que este rasgo es contradictorio en lo que respecta al modo en que la represión fue presentada en primer lugar ante la sociedad, ya que como hemos hecho mención más arriba, las Fuerzas Armadas eligieron presentar la misma como un enfrentamiento bélico, con bandos claramente identificados, si bien en el relato la “subversión” es presentada como “artera o cobarde” frente a la actuación de las “fuerzas leales”. Es así como podría pensarse que se cuela en esta significación, la cohesión interna de las Fuerzas Armadas en lo que respectaba a la represión clandestina. No olvidemos que, como dice Pilar Calveiro (2008), para que el dispositivo de terror tenga efecto en la sociedad, éste siempre tiene que dejar algo a la vista.

Términos evaluativos descriptivos presentes en el imaginario social legitimador

Entendemos por términos evaluativos descriptivos, aquellas palabras que “se usan para describir acciones individuales y para caracterizar los motivos por los cuales estas acciones se llevan a cabo” (Skinner, 2007: 254). Esta dimensión de nuestro trabajo es la que hasta el momento no está desarrollada, incluso faltaría terminar de definir el término. Básicamente, pretendemos analizar con este “rotulo” aquellas palabras que están presentes en el discurso legitimador del “Proceso”, haciendo énfasis en el significado o como plantea el propio Skinner, “la aplicación estándar para realizar uno de los dos rangos contrastantes de actos de habla. Es decir, pueden utilizarse para realizar actos tales como los de recomendar y aprobar –o bien, los de condenar y criticar- aquellas acciones que esos términos describen” (Skinner, 2007: 254).

Debido a que aún no hemos desarrollado esta cuestión, a la que por otra parte inicialmente había sido abordada desde otra perspectiva, sólo podemos dejar ligeramente esbozadas algunas ideas sobre esta cuestión. Inicialmente hay términos que en el discurso oficial y en los medios de comunicación que apoyaron con ahínco al régimen militar, que son utilizados en el sentido antes descripto por Skinner. Un ejemplo de ello, es el de *libertad*.

La libertad se prefigura en el discurso de la dictadura como opuesta a opresión, es un valor ponderado por el régimen dictatorial, puesto que dentro del relato (re)fundacional esgrimido por los militares, el golpe de Estado se hizo para salvaguardar la libertad de los argentinos frente a la “avanzada subversiva”. Es por ello que puede percibirse constantemente referencias a que “se recuperó la libertad” o que la libertad pudo “haberse perdido”. También, de manera un tanto explícita, es posible identificar algunos términos propios del imaginario social de la clase media argentina, especialmente los relacionados al *orden* y el *progreso* económico y social. Nuevamente, dentro del relato, el golpe y las Fuerzas Armadas impusieron el orden ante una sociedad sumida en el caos y la violencia; y dicho establecimiento pudo asegurar un progreso social y económico al dejarse instituido el camino del mercado, aunque esto último a partir de los años '80 mostró sus limitaciones al comprobarse que el plan económico aplicado por el segmento liberal de la dictadura perjudicó notablemente a la clase media y a los sectores populares.

También podemos observar el uso que se hace del término *derechos humanos*, sobre todo cuando se atacan a las denuncias sobre violaciones a los mismos realizadas por organismos internacionales y exiliados argentinos en el extranjero. En este sentido, la dictadura tendió a invertir el significado, o mejor dicho, la utilización del mismo en el tiempo, aduciendo que los derechos humanos se violaban durante el periodo de caos y vacío de poder, así como en los regímenes comunistas, acusando a los países de la órbita soviética de violaciones constantes a los derechos humanos y de “pagar” a los organismos internacionales para que “ensuciaran” la imagen de la Argentina.

Conclusiones

En el presente trabajo hemos pretendido dejar establecido a modo de síntesis ciertos avances de una investigación que como hemos mencionado, se acerca a su culminación. Básicamente, hemos querido dejar establecidos los principales elementos que pueden ser observados en lo concerniente a la conformación de imaginarios sociales de legitimación política en los primeros años de la dictadura del “Proceso de Reorganización Nacional”.

Para tal objetivo, hemos de adentrarnos tanto en la propaganda oficial del régimen como en aquellas publicaciones de prensa escrita que apoyaron efusivamente a la dictadura militar. En este sentido, es posible apreciar cierta asimilación entre el discurso oficial y

algunos medios de comunicación que se propusieron legitimar al régimen militar. Dejamos establecido que son tres las instancias de producción de imaginarios sociales posibles de ser apreciadas: por un lado la construcción de un relato (re)fundacional anclado en la cuestión de la “lucha contra la subversión” y en el mito de la Argentina como nación “occidental y cristiana” (que no hemos desarrollado en el presente escrito), siendo el primero el principal sostén del régimen al interpretar que la Nación se hallaba en peligro puesto que estaba siendo atacada por la “subversión” internacional que buscaba trastocar el modo de vida argentino e imponer un régimen totalitario de corte soviético, a la vez que la “lucha contra la subversión” se presentó ante la opinión pública como una lucha entre dos bandos claramente identificados, omitiendo cualquier alusión a la violación sistemática a los derechos humanos.

En segundo lugar, la institución de un sentido de alteridad, al identificar y caracterizar a un *nosotros* que en principio hizo referencia a los propios militares, posiblemente con el objetivo de asentar la cohesión interna de las propias Fuerzas Armadas dentro del marco clandestino de la represión y un *otro* identificado como un enemigo público pasible de ser eliminado. Finalmente, hemos establecido una tercera dimensión relativa a identificar aquellos términos utilizados para identificar acciones y motivos llevados a cabo por la dictadura militar, aunque como hemos mencionado falta desarrollar más. Dentro de este último, hemos podido determinar que la dictadura utilizó una serie de términos como libertad o ideas como orden y progreso para de ese modo, asentar su legitimación.

Tentativamente podemos decir que la dictadura militar y los sectores civiles que la apoyaron recurrieron a diversas prácticas para legitimar al régimen militar ante la sociedad argentina. Si bien el factor represivo fue importante, no se confió la posibilidad de legitimación política a futuro solamente al accionar coactivo, sino que se buscó interpelar a la sociedad desde otros ángulos. De esta manera, el espacio público se convirtió en un espacio de lucha política para obtener legitimidad, aunque como hemos mencionado aquí, fue un tanto contradictorio ya que la propia dictadura empujó a la sociedad hacia la esfera privada y tendió a romper con los lazos de solidaridad social.

Tanto la propaganda oficial como los diversos medios de comunicación buscaron crear un clima social favorable a la dictadura para que, especialmente la clase media, viera

con buenos ojos el accionar dictatorial y le brinde su apoyo en un futuro, en donde el régimen debería legitimarse o institucionalizarse. Así, lo que la dictadura puso en juego fue la articulación de un universo simbólico preexistente, como el mito de la Argentina “occidental y cristiana”, basado en creencias e imaginarios asociados al orden, la estabilidad y el progreso económico y social. A la vez, se propuso interpelar a la sociedad mediante la constitución de un relato en torno a la “lucha contra la subversión” en donde las Fuerzas Armadas tuvieron un rol preponderante al lograr “salvar a la Nación” de la “amenaza comunista”, identificando o creando sentidos de pertenencia y exclusión.

Bibliografía

Águila, Gabriela, 2008, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos sociales en dictadura*. Buenos Aires: Prometeo.

-2013, “La represión en la historia reciente argentina: fases, dispositivos y dinámicas regionales” en ÁGUILA, Gabriela y ALONSO, Luciano (Comps.), *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo.

Avellaneda, Andrés, 1986, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*. 2 Tomos. Buenos Aires: CEAL

Baczko, Bronislaw, 2005 (1984), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas, 2011 (1967), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, 1998, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue.

Calveiro, Pilar, 2008 (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.

Canelo, Paula, 2008, *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo

Carretero, Ángel Enrique, 2006, “La persistencia del mito y de los imaginario en la cultura contemporánea” en *Política y Sociedad* Vol. 43, N° 2.

-2010a, “Para una tipología de las ‘representaciones sociales’. Una lectura de sus implicaciones epistemológicas” en *EMPIRA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*. N° 20, julio-diciembre.

-2010b, *El orden social en la posmodernidad. Ideología e imaginario social*. Barcelona: Erasmus Ediciones.

-2011, “Imaginario e identidades sociales. Los escenarios de actuación del Imaginario social como configurador de vinculo comunitario” en AA. VV. *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales*. Santa Uxía de Rivera: CEASGA.

Castoriadis, Cornelius, 2007 (1975), *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

Caviglia, Mariana, 2006, *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada*. Buenos Aires: Prometeo.

Cegarra, José, 2012, “Fundamentos teórico epistemológicos de los imaginarios sociales” en *Cinta de Moebio* N° 43.

De Moraes, Denis, 2007, “Imaginario social, cultura y construcción de la hegemonía” en *Contratiempo. Revista de cultura y pensamiento*. Otoño - Invierno N° 2.

Duhalde, Eduardo Luis, 1989, *El estado terrorista argentino*. Buenos Aires: El Caballito.

Feitlowitz, Marguerite, 2015, *Un léxico del terror*. Buenos Aires: Prometeo.

Franco, Marina, 2002, “La campaña antiargentina: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso” en CASALI de BABOT, Judith y GRILLO, María Victoria (eds.) *Derecha, fascismo y antifascismo en Europa y Argentina*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

-2011, “En busca del eslabón perdido: reflexiones sobre la represión estatal de la última dictadura militar” en *Estudios* N° 25.

-2012, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.

Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, 2003, *La dictadura militar 1976/1983*. Buenos Aires: Paidós.

O'Donnell, Guillermo, 1982, "Democracia en la Argentina: micro y marco" en Oszlak, Oscar (Comp.), *"Proceso". Crisis y transición democrática*. Buenos Aires: CEAL. Disponible en: http://www.terras.edu.ar/biblioteca/13/13Donnell_Unidad_7.pdf

-1983, "La cosecha del miedo" en *Alternativas. Revista del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea* N° 1. Disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=4147>

Oszlak, Oscar, 1983, "Privatización autoritaria y recreación de la vida pública" en *Crítica y Utopía* N° 10/11.

Pintos, Juan Luis, 1995, *Los imaginarios sociales. La nueva construcción de la realidad social*. Salamanca: Fe y Secularidad.

Quiroga, Hugo, 1994, *El tiempo del proceso*. Rosario: Editorial Fundación Ross.

Schindel, Estela, 2012, *La desaparición a diario. Sociedad, prensa y dictadura (1975-1978)*. Villa María: Eduvim.

Skinner, Quentin, 2007, *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Vitale, Alejandra, 2015, *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1930-1976)*. Buenos Aires: Eudeba.